

## EN PORTADA / Reportaje



El escritor cubano Alejo Carpentier, a la izquierda, con un grupo de exiliados catalanes en Caracas, en los años cincuenta.

Viene de la [página anterior](#)

que se editaba en español y ruso. Fue solo el inicio de una larga carrera que la llevó a la Argentina de Perón o a Chile, donde asistió a la caída de Allende. "En las fiestas que se organizaban entre los exiliados para recibir el nuevo año, desde siempre, desde que tuve uso de razón, escuchabas en el momento de los brindis la misma frase una y otra vez: 'El año que viene será en España'. Solo dejé de oírlo cuando salí de la Unión Soviética, y se quedaron ellos, que seguirían repitiendo aquello sin perder nunca la esperanza".

**Sarawak.** "Cuando me propusieron en la OMS que me trasladara para combatir la malaria a Sarawak, en la isla de Borneo, tuve que acudir a la Enciclopedia Británica para saber dónde estaba", explica Julián de Zulueta, que le contó las historias de su vida a María García Alonso en *Tuan Nyamok*. El título es el nombre que le dieron allí los dayak, y significa "el señor de los mosquitos". "Quería que mensualmente un enfermero tomara muestras de sangre entre los habitantes del lugar para saber si los mosquitos seguían transmitiendo la enfermedad, pero se negaron. Así que tuve que amenazarlos con irme. Y entonces transigieron. Había sido el primer médico que los visitó en sus viviendas, las *casas largas*, y me cogieron mucho cariño".

**Nueva York.** "Hay varios tipos de exilio", explica Nicolás Sánchez Albornoz, y los suyos, que han sido varios, fueron todos un poco raros. "En el primero no tomé la decisión, fue mi padre el que tuvo que salir al principio de la guerra y nos llevó a todos a Burdeos. No fue una experiencia tan terrible como la que vivieron otros después, fui un niño privilegiado: estuve con mi familia, y no abandonado como tantos niños de la guerra. Cuando la Gestapo le pisaba los pies a mi padre tras la ocupación de Burdeos por el Ejército alemán, tuvo que irse a Argentina y nos tocó volver a España con mis abuelos. La siguiente vez que salí al exilio ya fue cosa mía. Tenía la opción de quedarme en la cárcel de Cuelgamuros y cumplir condena, o huir. Preferí arriesgarme: de las 44 fugas de aquel penal que hubo entre 1943 y 1948, solo salió bien la que protagonizamos Manolo Lamana y yo. Nos instalamos en Buenos Aires, donde gobernaba Perón. Cuando en 1968 se produjo allí un golpe militar, el del general Onganía, hice las maletas. Fue mi exilio *argentino*, una especie de doble exilio: al que me alejaba de España

## Páginas sin tierra

### Biografía, memorias y narrativa

► **La guerra perdida** (incluye: *Los rojos de ultramar*, *La última hora del último día* y *La fiesta del oso*). Jordi Soler. Mondadori. Barcelona, 2012. 544 páginas. 21,90 euros.

► **Azulejo. Un niño en la gran tormenta**. Francisco Fernández-Santos. Huerfano y Fierro. Madrid, 2012. 225 páginas. 16 euros.

► **Tuan Nyamok [El Señor de los Mosquitos]**. Relatos de la vida de Julián de Zulueta contados a María García Alonso. Residencia de Estudiantes. Madrid, 2011. 412 páginas. 25 euros.

► **A cambio del olvido**. Marina Pino y Jon Juaristi. Tusquets. Barcelona, 2011. 472 páginas. 24 euros.

► **Destinada al crematorio. De Argelès a Ravensbrück**. Mercedes Núñez Targa. Traducción de Pablo Iglesias Núñez y Ana Bonet Solé. Renacimiento. Sevilla, 2011. 216 páginas. 16 euros.

► **Obras completas I**. Narrativa (incluye, entre otros, *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*). Francisco Ayala. Edición de Carolyn Richmond. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores. Barcelona, 2012. 1.534 páginas. 66 euros. / **Francisco Ayala en 'La Nación' de Buenos Aires**. Irma Emiliozzi (editora). Pre-

Textos. Valencia, 2012. 498 páginas. 30 euros. / **Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral**. Luis A. Escobar. Fundación Francisco Ayala. Granada, 2011. 210 páginas. 15 euros.

### Historia y ensayo

► **Obras completas III** (incluye, entre otros, *El hombre y lo divino*, *España, sueño y verdad* y *La tumba de Antígona*). María Zambrano. Edición de Jesús Moreno. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores. Madrid, 2011. 1.536 páginas. 35 euros.

► **El exilio republicano de 1939 y la segunda generación**. Manuel Aznar Soler y José Ramón López García (editores). Biblioteca del Exilio / Editorial Renacimiento. Sevilla, 2012. 1.184 páginas. 50 euros.

► **Diccionario biográfico del exilio español de 1939: los periodistas**. Juan Carlos Sánchez Illán (director). Fondo de Cultura Económica. Madrid, 2011. 594 páginas. 25 euros.

### Páginas web

► **Centro de Estudios de Migraciones y Exilios**: <http://www.cemeuned.org/>  
 ► **Asociación para el Estudio de los Exilios y Migraciones Ibéricas Contemporáneas**: <http://www.aemic.org/>

sumé el que me llevaba de Buenos Aires a Nueva York".

**Saint Cloud, París.** Francisco Fernández-Santos se instaló en París a principios de los sesenta. Tenía siete años cuando los militares dieron el golpe contra la República, así que fue uno más de los niños de la guerra. Pero de los que se quedaron. Su padre, un maestro que militaba en las filas socialistas, no murió "de milagro". "Vinieron al pueblo justo cuando había salido a hacer alguna gestión, y se libró. Fusilaron a tres de sus amigos más próximos y los enterraron en una cuneta. No sé si sería capaz ahora de reconocer dónde los tiraron exactamente, pero sí lo sabía por entonces".

En *Azulejo. Un niño en la gran tormenta*, vuelve sobre su adolescencia y establece un diálogo con el muchacho que fue entonces,

en los años duros de la posguerra. Fernández-Santos estudió derecho y filosofía en Madrid y se fue incorporando a la lucha antifranquista con los socialistas. "A mi mujer le salió un trabajo en París, y fue mi oportunidad para escapar de la represión ideológica del franquismo, de sus hostilidades. Trabajé intensamente en los círculos intelectuales del exilio: estuve muy cerca de Ruedo Ibérico, y tuve grandes amigos con los que combatí contra la dictadura. Dionisio Ridruejo fue uno de ellos. No hay que olvidar que París era el lugar donde los españoles y latinoamericanos acudían para respirar libremente el aire de Europa, y cuantos luchábamos contra Franco siempre creíamos que el régimen terminaría por caer. Por eso, seguramente, lo más duro del exilio fue ver cómo iban muriéndose, uno detrás de otro, los republicanos que se instalaron aquí

al terminar la guerra. Y sin lograr ver la caída de Franco y el regreso de la democracia".

**París.** "Estuviera donde estuviera, nunca olvidé a los que se quedaron dentro y, en la medida de mis posibilidades, intenté luchar contra el franquismo". Nicolás Sánchez Albornoz ha contado sus peripécias en *Cárceles y exilios*, publicado hace poco. "Lo que quiero decir es que no siempre es incompatible integrarse en el país de adopción, como me pasó a mí en Argentina, y seguir en la batalla contra la dictadura. A principio de los sesenta pasé una temporada en París, y volví con renovados bríos a luchar contra Franco. El régimen se estaba abriendo, pero conservaba intacta su impronta autoritaria, y hacía falta hacer una oposición distinta de la que se había hecho hasta entonces. Fue cuando nació Ruedo Ibérico: el desafío en el que se armó el exilio para desmontar con las armas de la inteligencia la infamia de la dictadura".

**Veracruz.** Ahora se ha reunido en un único volumen, *La guerra perdida*, la trilogía de novelas donde Jordi Soler reconstruye la historia de una familia de catalanes exiliados en una selva de México. "Aunque creciera en una atmósfera insalubre y llena de mosquitos, mi infancia fue magnífica. Pensaba que el resto del mundo era exactamente igual que yo, que todos eran niños catalanes que vivían en una selva cafetalera. Solo más tarde empecé a darme cuenta de que aquello era excepcional. Ocurrió cuando trabajaba como diplomático en Dublín. Fue cuando descubrí que formaba parte de una familia que siempre hablaba de conquistar el futuro y seguía anclada en el pasado. Vivíamos en Veracruz, pero andaban pendientes de Serrat, de Marsé, de los resultados del Barcelona".

El exilio toca también a los nietos. Se fueron los abuelos, arrastraron con ellos a los hijos, luego llegaron los hijos de los hijos. "Soy un híbrido", dice Soler. "Técnicamente soy español, pero me siento mexicano. Hasta que vuelvo a México, y entonces soy de nuevo rabiosamente español. El exilio produce situaciones extrañas. Mi abuelo logró salvarse de los nazis en Montauban gracias a Luis Rodríguez, un mexicano al que mandó el presidente Lázaro Cárdenas a rescatar republicanos. Solo muchos años después pudo conocer a su hija, que nació después de que él saliera a Francia. 'Tú no eres mi padre', le dijo la niña, 'mi padre es este'. Y le señaló entonces una vieja fotografía en la que aparecía retratado un poco antes de salir al frente a defender a la República". •